

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La huelga de los ferroviarios ha venido a marchitar las esperanzas del turismo, que asoma en estas regiones del Noroeste. Justo es añadir que mayores golpes le asestan diariamente las Compañías de ferrocarriles, con el pésimo servicio y el detestable material y la oposición sistemática a que se creen nuevas vías de comunicación. Lo de los huelguistas, por un orden natural, ha de durar poco; pero el abuso diario, las incorregibles deficiencias, poco a poco, mantienen lo que llamé hace años el concepto penal del viaje, la idea de que viajar, en vez de recreo y deporte, es un castigo del cielo.

En el viaje a Galicia, por ejemplo, no hay molestia que no se sufra. Los trenes no llevan restaurante, y hay que cargar con la clásica cestita de la merienda, con sus papillitos engrasados, sus servilletas ajadas al primer uso que se hace de ellas, a menos que sean de papel y vayamos arrojándolas por la ventanilla, sus botellas penosas de descorchar y que vierten o rezuman, y el olorillo a frío y a encerrado que exhalan los trufados y las patas de pollo, y que os encalabrina el sentido. Os dirán que podéis comer en las estaciones: pero consultad los itinerarios, y veréis que tal probabilidad no existe, y que durante largos trayectos sufriréis hambre, si prescindís de la cestita odiosa.

Y después, los retrasos, los ya consuetudinarios retrasos. No hará tres días, unos viajeros vinieron de Madrid en el rápido (¡oh ironía de los nombres!) creyendo que ganaban tiempo sobre el correo, que oficialmente tarda dos horas más. Debían llegar a las once. Llegaron a las cinco de la tarde. No habían tomado sino un bocado en Monforte, y el tren no paró en parte alguna donde pudiesen comer.

Considerad el incidente. ¡Seis horas de retraso! Pase si se trata de una casualidad; pero la Compañía del Norte, en materia de retrasos, es como el célebre estudiante: tiene llena de casualidades la capa. Los jefes de estación sonríen cuando alguien, que espera, desespera. «Todos los días hay retraso, si, señor... Con eso se cuenta ya...» ¿Para cuándo son las multas? ¡Bah! ¡Multas! ¡Leoncitos a mí!

No hace muchos días, ocurrió un triste suceso. Una muchacha de quince años se cayó a la vía estando el tren en marcha, y quedó muerta en el acto. Una portezuela estaba mal cerrada; el cuerpo salió despedido y chocó la cabeza con un talud. De esto no se le sigue responsabilidad a la Compañía, aunque, apurando la materia, cabría exigirla por el descuido en cerrar la portezuela. Pero los que acompañaban a la muchacha, miembros de su familia, al verla caer, en el natural deseo de socorrerla, quisieron tocar el timbre de alarma, para que detuviese su marcha el tren. ¡Busca timbre de alarma! En este caso, no existía timbre de alarma sino en el reglamento...

Y con la angustia más horrible en el corazón, los que habían visto el suceso, tuvieron que esperar a que parase el tren de suyo, o por llegar a una estación en que no tenía más remedio, o por que los desesperados gritos llegaron a oídos del maquinista. Siempre se había perdido mucho tiempo, y los socorros se retrasaron otro tanto, aumentando este retraso la ya trágica impresión.

Es cosa averiguada que en los trenes de esta línea — y puede que nuestro único consuelo, de tonos, sea que lo mismo pase en todas — no hay jamás agua caliente en los lavabos, y muchas veces ni fría, hallándose tales dependencias en un estado de desaseo y sordidez, que causa repugnancia. En la mayor parte de los túneles que se pasan de día, no se enciende la luz. Y los vidrios, ignoro si se lavan: sé que los vemos embazados, rafagueados por la lluvia.

Yo voy desconfiando del porvenir del turismo. Y voy haciendo más las palabras tristes que una respetable persona dijo a Balsa de la Vega *in illo*

témpore, y que no han perdido actualidad: voy creyendo, en efecto, «que el turismo jamás nos daría un céntimo porque nos faltaba todo: vías y medios de comunicación fáciles y rápidos; hoteles, pues no existen ni buenos ni malos; «Guías» bien hechas; urbanidad en los hosteleros y demás gente menuda; en fin, cuanto significa adelanto y conocimiento de las necesidades modernas. Y al hablar así me recordaba los famosos hoteles suizos, aquellos de Ginebra, que, extendidos a lo largo de los jardines que circundan una parte del lago, ofrecen toda clase de comodidades; los de la Engandine, los de Saint Moritz, los de la Riviera, en Niza, Mentón, Montecarlo; los italianos de Turín, Milán, Florencia, Venecia, etc., y no quería mentar los de balnearios y playas como Trouville, Ostende, Carlsbad, etc., donde toda indicación del viajero se ve atendida en el acto y donde toda comodidad tiene asiento.»

Y añadía el buen Balsa, de quien nos acordamos todavía algunos paisanos suyos:

«Mi respetable amigo tiene razón, pero a medias. Ciertamente carecemos de vías secundarias de comunicación; cierto que no llegan a tres docenas los «hoteles» que en España pueden ofrecerse como buenos entre los buenos, no entre los mejores; cierto que el viajero se encuentra huérfano de toda protección por parte de las autoridades frente al abuso, al saqueo escandaloso de que le hacen víctima hosteleros, alquiladores de carruajes, empresas de vehículos de línea... Ciertamente no existe una «Guía» bien hecha; cierto que se desconocen incluso los lugares dignos de ser visitados; todo esto es cierto; pero no lo es menos que hace veinticinco años en poblaciones de importancia de Italia no había hoteles ni buenos ni medianos, sino muy malos, sucios, con ciertos lugares muy necesarios en galerías abiertas, malolientes; Nápoles no me dejará mentir; Venecia, tampoco; Siena y la misma Florencia, tampoco; y no hablemos de Roma. Todavía queda memoria de entonces.

«En la famosísima «Riviera», no hace cuatro lustros, los hoteles que ofrecían algún «confort» eran escasísimos. No cuentan ocho o diez años y algunos menos los magníficos palacios que ahora se yerguen en Cimiez (Niza), en Montecarlo, en Mentón..., en Saint Moritz (Suiza), en Berna, en Ostende. La Compañía internacional de «grandes hoteles» hoy dueña de los más importantes de Constantinopla, del Cairo, de Ismailia, de Niza, Montecarlo, Brindis, Ostende y otras varias capitales que ahora no recuerdo, apenas alcanza al cuarto de siglo de «existencia».

«No es menos exacto que los medios de locomoción rápidos no abundan en España; pero ya no es tanto el que carezcamos de buenas carreteras, especialmente en Galicia, Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra y parte del centro de la Península; y si tenemos que deplorar el que una porción del territorio español carezca de vías fáciles de tránsito, y si el mal de otros es consuelo a las veces, yo invito a más de un automovilista a que haga ciertos recorridos por el Piamonte, por Sicilia, por la Calabria; por Hannover, Dresde y parte de Baviera; por algunos condados, no de Escocia, sino de la misma Gran Bretaña; y, para que el diablo no se ría de la mentira, véanse los caminos que de la costa llevan a Cantorbery, por no citar más. ¡Una delicia en cuanto llueve!.. Y allí llueve continuamente.

«Claro está que desconocemos nuestros paisajes, nuestros monumentos, incluso nuestros establecimientos termiales, alguno sin segundo en Europa; indudable, asimismo, que en nuestras playas, en nuestras ciudades de cualquier orden que sean, no hallaremos grandes Casinos, ni siquiera hoteles con «ball» a la inglesa y sala de fiestas con «tziganes»; pero, además de que tal acontece en la inmensa mayoría de las capitales de provincia de Europa, debemos tener en cuenta que ir a dar una vueltecita por Saint Moritz, la Selva Negra, Niza, el Cairo o Nápoles, o a pasar una temporada en París o en Viena, no es «turismo», tal y como debe entenderse palabrando bárbaramente introducida en nuestro idioma.»

Larga es la cita, y no acostumbro hacer gran consumo de prosa ajena en mis crónicas; lo que me ha movido a extenderme algo, ha sido, por una parte, recordar a un escritor que, según suele suceder a los periodistas, ha sido olvidado al otro día de su muerte; y por otra, que cuanto dice es exactísimo, y yo no podría decirlo mejor, y que, en sus palabras hay una luz de esperanza.

Balsa sostiene, en el mismo artículo, la tesis de que el verdadero turista es el que desdeña el regalo y prescinde de filitres, y que el turismo no es andar en ferrocarril o en automóvil solamente, ni parar en hoteles comodísimos, donde nos ofrecen todos los goces y delicias del hogar más bien montado. Y en esto estoy igualmente conforme con el malogrado

redactor de *El Liberal*. Es más: he practicado su doctrina. Aficionadísimo a ver rincones y poblachos en que existen recuerdos y se pueden recoger impresiones de arte, muchas veces he arrostrado todos los inconvenientes de la falta de un hospedaje siquiera mediano, y sufrido no pocas molestias, a trueque de enriquecer mi memoria con la fisonomía de los sitios y monumentos que tienen más atractivo, por lo mismo que están, digámoslo así, inéditos y olvidados. Muchas necesidades que ha creado la civilización, son en verdad artificiales, y esto lo percibimos cuando nos consagramos al turismo artístico, en países donde la vida es, más que sencilla y frugal, tosca y misérrima. Sólo hay un requisito del cual cuesta trabajo prescindir: cierto aseo personal. No cabe en esto prescindir tanto, y muchos que se sienten espartanos en lo restante, en tal cuestión serán atenidos, y no podrán habituarse a la porquería.

La limpieza es resultado de muchos elementos, que concurren a un fin esencialísimo; y por más sangre turista que tenga la gente, siempre preguntará, antes de emprender una excursión, si va a encontrar cama limpia, en que extenderse sin escrúpulo, y comida que no levante el estómago. España es más hermosa, quién lo duda, que otras muchas comarcas visitadas incesantemente por viajeros ricos, donde pasan temporadas largas y dejan raudales de oro. Estas provincias del Noroeste encierran bellezas de paisaje, monumentos y costumbres, incomparables, y desconocidos aún. ¿Qué les falta para atraer a los turistas? El problema es de comunicaciones y hospedajes.

No por esto se entienda que no hay algún adelanto ni que faltan del todo buenos hoteles. Quien haya leído mis artículos con constancia, tal vez recuerde que me apresuro siempre a registrar y tomar nota de estas mejoras. Lo que pasa es que los buenos hoteles, en los países generalmente atrasados, son como islotes en un archipiélago. Es necesaria la unificación de cultura, que no consiste solamente en que, por todas partes, hasta en las pequeñas localidades, existan hospedajes buenos, sino en que por doquiera se viva bien, higiénicamente, sin lujo, y que no sólo en las fondas, sino en los hogares, existan limpieza y comodidad. Y esto es, lo comprendo, un ideal; pero si algunas naciones lo han realizado, ¿por qué no lo realizaríamos nosotros?

Tenemos poco de industriales. Menos aun de hosteleros. Va unida a nuestra indiferencia a la ganancia, una avidez desconsiderada cuando empezamos a ver el color del dinero, a tomar gusto a la ganancia. No obstante, hay todavía en España hospedajes baratos, y no malos, que merecen elogios, y desmienten la anterior afirmación. Siempre que se afirma algo pudiéramos citar casos en contra.

¿Y cómo quisiéramos, por otra parte, hallar hospedajes que respiren *confort* en un país que es al *confort* casi indiferente por cuenta propia? Hablo, claro es, en general; hay las excepciones de rigor. No se conocen grandes refinamientos en España, que se precia de sobria. No es el detalle lo que al español le interesa. Es asombroso lo poco que se le da al español de la comodidad y la elegancia.

De la indiferencia en cuestiones de bienestar he visto un caso simpático. Sucedió en un coche de línea, de los que antaño hacían el trayecto entre Pontevedra y la Toja; ahora hay otros medios de transporte más modernos. Era el cochángano angosto, desvencijado y fementido, con duros y apellotados almohadones y vidrios retemblantes. Al momento de subir los viajeros se vio que no sólo estaban ocupados los asientos todos, sino vendido uno más. Siendo imposible averiguar quién sobraba y más imposible acomodarse en los asientos con el excedente, una señora quiso quedarse en tierra. Y un hombre de pobres trazas, algún obrero, labriego o trabajador manual, pero dueño de su plaza como el más pintado, no lo consintió. «Yo iré como pueda... Entren todos y luego me acomodaré, que no les he de estorbar...» Lleno ya el vehículo, el hombre se agazapó en el suelo, en la más violenta postura, y así aguantó las leguas del camino, cuyo número no recuerdo. Y cuando salimos de la prisión exclamó humildemente: «Perdonen la molestia que les he dado.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.